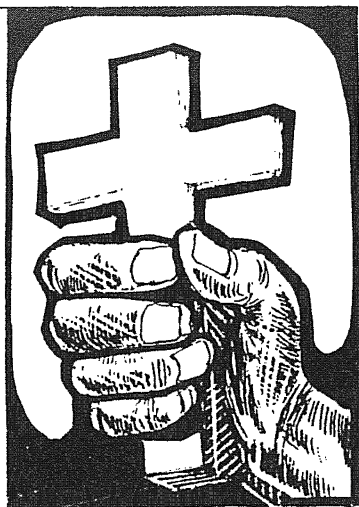


EVANGELIZACION Y SEGUIMIENTO

Jon Sobrino



1. RELACION ENTRE EVANGELIZACION Y SEGUIMIENTO.

Toda la vida cristiana y la vida de todos los cristianos debe ser evangelización; más aún en ello consiste la identidad y razón de ser de toda la Iglesia (Cfr. **Evangelii Nuntiandi**, n. 15). Por otra parte toda la vida cristiana consiste en configurarse a la imagen del Hijo; dicho de forma historizada, en el seguimiento de Jesús, que después de pascua comenzó a ser "expresión absoluta de la existencia cristiana" (M. Hengel, **Seguimiento y carisma**, p. 128). Evangelización y seguimiento son pues dos dimensiones que competen a toda vida cristiana por el mero hecho de serlo. Son además, cada una de ellas, dimensiones totalizantes en la vida del cristiano y por ello deben coexistir relacionada y no sólo fáctica y yuxtapuestamente. En general se puede decir que para evangelizar cristianamente es necesario el seguimiento y que el seguimiento desemboca necesariamente en la evangelización.

Por evangelizador se entiende aquí no simplemente el cristiano, sino aquél con una vocación y carisma que le exigen y capacitan para la tarea específica de evangelizar y que configuran la totalidad de su vida, personal y profesional. Desde este punto de vista no basta enunciar la coincidencia de evangelización y seguimiento en todo cristiano, sino que hay que esclarecer si y cómo se ordena el seguimiento a la evangelización, qué posibilita el seguimiento para el evangelizador en cuanto tal, más allá de su exigencia y bondad para el evangelizador en cuanto cristiano.

En su forma general la respuesta a estas preguntas es obvia. Desde un punto de vista histórico es claro que Jesús llamó a seguidores para enviarlos a anunciar la buena noticia del reino de Dios, es decir, para evangelizar. El 'ven y sígueme' tiene su razón de ser en hacer 'pescadores de hombres'. El seguimiento no tiene una justificación en sí mismo -aunque la llamada sólo se justifique por sí misma- sino que está justificado por su ordenación a la evangelización; y a la inversa, ésta presupone el seguimiento como la forma de vida adecuada para su realización.

Desde un punto de vista sistemático es claro que Jesús es reconocido después de pascua como el "primer evangelizador" (**Evangeli Nuntiandi**, n. 7) y que toda su realidad, hechos y palabras, práctica y oración, acción y destino, muerte y resurrección, es vista como evangelizadora (cfr. **ibid.**, nn. 8-12). El evangelizador de hoy debe por lo tanto reproducir la evangelización de Jesús y como la llevó a cabo Jesús. Este reproducir es el concepto sistemático de seguimiento, que va más allá de lo dicho explícitamente en los textos evangélicos sobre el seguimiento, pero que es necesario para comprender el significado del seguimiento para la evangelización.

Lo que pretendemos a continuación es exponer algunos rasgos del seguimiento de Jesús -tomado el seguimiento tanto en su sentido estricto como en su sentido amplio de 'reproducir' la vida de Jesús- que iluminen la evangelización, teniendo en cuenta algunos problemas más actuales sobre todo para quienes evangelizan en situaciones del tercer mundo o afines a ellas. Queremos también relacionar el seguimiento con el contenido fundamental de la evangelización: el anuncio e inicio de la buena noticia, bien que ésta se formule desde Jesús como el reino de Dios que se acerca a los pobres, bien que incluya -postpascualmente- a Jesús en esa buena noticia. No nos detendremos sin embargo tanto en el análisis del contenido de la buena noticia, sino en la formalidad de que evangelización es comunicación de una buena noticia.

2. COMUNICAR LA BUENA NOTICIA COMO VERDAD.

El evangelizador comunica una buena noticia que es verdad, pero no una verdad cualquiera, sino la verdad de Dios. Anuncia que el reino de Dios se acerca, que en Jesús Dios se ha acercado a los hombres, que Dios es amor y ama a los hombres. Esa verdad por ser en último término **de Dios** no puede ser adecuadamente comunicada como pura doctrina o como una de las verdades plu-

rales del depósito de la fe, por muy importantes que sean por otros capítulos la formulación y tradición doctrinales de la buena noticia. Se trata más bien de una verdad que es y sigue siendo la verdad fundamental para la historia y la vida de los hombres.

Dejar que la buena noticia sea la verdad de Dios es la primera tarea lógica del evangelizador. Si no lo hace, la buena noticia degenera en una doctrina que empequeñece a Dios y su buena noticia, degenera en ideología, en la cual se introducen intereses personales o eclesiales, pero no necesariamente los intereses de Dios, y degenera en propaganda en competencia con otras buenas noticias

Al mismo tiempo la buena noticia por ser de Dios presenta una verdad utópica, nunca adecuadamente realizable y por ello necesitada siempre de mediaciones y concreciones. Reino de Dios, amor, justicia, son una verdad última pero que sólo pueden existir como verdades parciales, cuya verdad de fondo hay siempre que buscar para poder presentar históricamente la buena noticia.

El evangelizador se encuentra por lo tanto con que posee una buena noticia que comunicar, cuyo contenido siempre se le escapa por ser mayor que sus propios pensamientos y que cualquier doctrina, amenazada siempre también por la manipulación y la ideologización, y por otra parte necesitada siempre de concreciones. Enfrentarse con ese problema no es cosa sólo de formación teológica, pastoral o catequética; es cosa en último término de enfrentarse con la verdad de Dios, de descubrirla en su manifestación continuada a lo largo de la historia y de intentar concretarla para esa historia.

Aquí se le presenta al evangelizador la exigencia objetiva del seguimiento de Jesús como constante búsqueda y acogida de la verdad de Dios tal como va apareciendo. En Jesús puede ver cómo su evangelización no se hace de una vez por todas como si desde el principio Dios del reino y reino de Dios fuesen contenidos ya sabidos de una vez para siempre, sino que se va haciendo en honradez con Dios tal como se le va manifestando y en fidelidad a Dios cuando su voluntad exige cambios y rupturas en la evangelización. Paradójicamente podrá ver en Jesús también el no saber, las dudas y tentaciones sobre cómo evangelizar, si desde el poder o desde el servicio crucificante, el preguntarse por el día de la venida del reino, el escuchar la palabra del Pa-

dre y también su silencio. Pero a través de estas experiencias negativas podrá captar el inmenso amor de Jesús a la verdad de Dios que le permite comunicar la buena noticia como verdad de Dios.

El evangelizador debe seguir a Jesús en su amor a la verdad de Dios, que supone históricamente un proceso de aprender esa verdad y concretarla. De esa forma se irán concretando también para el evangelizador las verdades genéricas, Dios, reino de Dios, Cristo, con que comienza su actuación, se irán haciendo reales para él y las podrá comunicar como verdad a otros y no sólo como doctrina aprendida y asegurada que sólo tiene que ser aprendida y repetida por otros. Dicho gráficamente, el evangelizador tiene que aprender de Jesús el aprendizaje de Jesús sobre Dios y el reino de Dios. De esta forma comunicará la buena noticia no como algo que en último término es suyo, sino como algo que proviene realmente de Dios. Expresar históricamente esa "proveniencia" sólo se realiza en el aprendizaje constante y humilde de la verdad de Dios.

3. COMUNICAR LA VERDAD COMO BUENA NOTICIA.

El evangelizador comunica una buena noticia que, desde Dios, debe ser buena realidad. No se trata sólo de anunciar, sino de iniciar, de hacer presente el amor de Dios a los hombres. Se podría discutir teóricamente si en la división del trabajo eclesial al evangelizador sólo le corresponde el anuncio, dejando la realización de la buena noticia para otros. En la práctica no es ni puede ser así. Además del ejemplo de Jesús, que luego veremos, la actual situación exige que la palabra del evangelizador sea creíble, lo cual sólo se logra realizando el contenido de esa palabra. En la actualidad en muchos lugares la palabra del evangelizador no goza ya de una credibilidad a priori por ser palabra religiosa o de la Iglesia; además la buena noticia del evangelizador entra en competencia con muchas otras ofertas salvíficas seculares. La credibilidad le es hoy muy necesaria al evangelizador. Y en último término esa credibilidad sólo se consigue poniendo por obra el contenido de la buena noticia.

El evangelizador debe seguir a Jesús en el poner por obra la buena noticia. Jesús evangelizó, como es sabido y hoy valorado grandemente, en palabras y hechos; en predicación, por una parte, y en milagros y exorcismos por otra. Esto segundo no sólo fueron cosas buenas que Jesús hizo "además" de predicar, sino cosas

exigidas por el contenido de su predicación, sin las cuales la buena noticia hubiese quedado una vez más como pura promesa, afín quizás a los más profundos deseos de los hombres, pero sin fuerza suficiente para romper la ambigüedad histórica de toda promesa transcendente. Jesús quiso dejar en claro que Dios había roto definitivamente la simetría de ser posiblemente salvación o condenación, padre amoroso o juez implacable, cercanía o distanciamiento. Para ello el anuncio del amor de Dios tuvo que ir unido por necesidad a los gestos históricos de ese amor; el anuncio de la cercanía de Dios tuvo que ir unido a la real presentización de Dios entre los hombres.

"Pasó **haciendo** el bien" no es sólo un sumario de la actuación ético-personal de Jesús, sino un sumario también de su tarea evangelizadora. El evangelizador debe seguir a Jesús en ese **hacer** el bien. La propia palabra del anuncio es ya un hacer, pero debe estar además conscientemente ordenada a otros haceres a través de los cuales los hombres capten que en verdad hay una buena noticia de Dios, que por ser de Dios no es sólo ofrecida sino eficaz, capaz de transformar la miseria de la realidad, personal e histórica.

4. LA PARCIALIDAD DE LA BUENA NOTICIA.

Tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento es claro que la buena noticia es parcial, tiene como destinatario privilegiado a los pobres. Así ha ocurrido y así es intrínsecamente verosímil, si en verdad Dios quiere manifestar su amor a los hombres. Sería un especie de absurdo que Dios se mostrase como amor a la humanidad y no se fijase en un mundo mayoritariamente pobre, en esa parte mayoritaria del mundo que no suele recibir buenas noticias y vive peores realidades. Que Dios muestre creíblemente que es amor y que tiene una buena noticia tiene que pasar por necesidad por las mayorías pobres, si el amor de Dios va a ser creíble.

Esa parcialidad de la buena noticia está vigente hoy como ayer, e históricamente quizás más vigente si la humanidad actual está produciendo más pobres cuantitativamente. A esta parcialidad de la buena noticia corresponde en el evangelizador su actitud y realización del abajamiento, lo cual remite de nuevo al seguimiento de Jesús.

Jesús se abajó doblemente en su encarnación transcendente y

en su encarnación histórica en el mundo de los pobres. Nada hay para el evangelizador que pueda suplir ese abajamiento si quiere anunciar la buena noticia a los pobres, si quiere mostrar algo tan absolutamente simple, pero tan absolutamente fundamental como que Dios ama a los hombres en los más profundos abismos de su pobreza y miseria **acercándose** a ellos y haciendo así creíble su amor.

El evangelizador debe rehacer la encarnación de Jesús y concebirla como proceso de encarnación que genera su propia dinámica. En el mundo de los pobres debe sentir su inmenso dolor, la miseria que clama al cielo, la crucifixión lenta o violenta de millones de seres humanos; debe, como Jesús, comenzar con el **misereor super turbas**, sin dulcificar ni ideologizar con nada el dolor de los pobres, ni hacer de ello algo en último término secundario con respecto a su tarea evangelizadora o sólo provisional como estadio previo para una existencia más verdadera. Mientras exista ese dolor, y luchando contra él, posee su propia ultimidad para el evangelizador.

Esa profunda misericordia debe transformarse en activa defensa de los pobres, lo que lleva -como a Jesús- a las controversias, denuncias y desenmascaramiento de quienes hacen pobres a los pobres. Esa dimensión beligerante de la misericordia para nada tiene que ver con odios, revanchismos o desahogos coléricos; es más bien fruto del amor a los pobres y modo real de comunicarles que Dios está realmente con ellos.

Esa activa misericordia es la que por su misma dinámica lleva al conflicto con los poderosos de este mundo, a la persecución y a la cruz. El evangelizador, como Jesús, va dejando su propia vida en la tarea evangelizadora, pero no sólo por el desgaste que cualquier tarea conlleva, sino porque la persecución le es inherente a la evangelización. El anuncio del evangelio lleva consigo sus propias tribulaciones porque siempre produce una reacción en su contra. Esa reacción puede llevar hasta ocasionar el martirio -lo cual hoy no es una rara excepción en algunos países del tercer mundo- como expresión del mayor abajamiento del evangelizador y de su máximo acercamiento a los pobres.

La parcialidad del amor de Dios a los pobres es lo que exige el abajamiento del evangelizador y las consecuencias descritas. Eso no es otra cosa que reproducir el camino de Jesús. Quizás el evangelizador no sospeche en un primer momento que ése de-

ba ser su camino, pero su camino tendrá inexorablemente mucho de persecución y de cruz. Su consuelo más profundo en medio de ese sufrimiento será que no existe otra forma de hacer presente y creíble el amor de Dios a los pobres más que mostrando la cercanía de Dios a los pobres hasta los más profundos abismos de su pobreza, su miseria, su represión y su crucifixión. Al evangelizador le toca generar por su abajamiento la convicción en los pobres de que "Dios **está** con nosotros".

5. EL TALANTE EVANGELICO DEL EVANGELIZADOR.

Con esta expresión redundante o tautológica queremos expresar que el evangelizador debe comunicar la buena noticia con la convicción profunda de que en verdad el acercamiento de Dios es buena noticia para los hombres y para los pobres. Talante "evangélico" es comunicar la buena noticia realmente como "buena" noticia y comunicarla por ello con gozo, no sólo por obligación. Esto no significa la necesidad de una determinada psicología, alegre u optimista, por ejemplo, ni significa ignorar la cruda realidad histórica, ni los fracasos históricos de la evangelización y del evangelizador. Significa que el evangelizador transmite gozosamente lo que debe ser gozo para los hombres, y que para él personalmente el evangelio se hace carga cada vez más ligera aunque históricamente sea cada vez más pesada.

Ese talante está expresado en la relación de Jesús con Dios, a quien no solamente escucha para conocer y cumplir su voluntad, sino también a quien llama Padre, Abba. Con esa palabra, Padre, expresa Jesús su convicción indestructible de que Dios es bueno, de que se acerca al perdido, al pobre, de que su amor no es sólo justicia sino también ternura. Quien como Jesús está convencido de que así es Dios, comunica en su evangelización la insacudible convicción de que Dios es bueno para los hombres, de que con Dios el hombre vive más plenamente y se humaniza mejor que sin Dios. La evangelización se realiza entonces no como obligación -aunque sea obligación exigida por Dios- sino como necesidad intrínseca del evangelizador, que pone en palabras, con la necesidad del agradecimiento y el gozo de haber encontrado la perla preciosa, lo que lleva en su corazón.

Ese talante evangélico puede hoy ser difícilmente realizable en algunas situaciones. Por razones de secularización ambiental la evangelización se convierte a veces en intentos apologeticos, en salvar todavía lo que pueda ser salvado de la fe; el mismo e-

vangelizador puede tener sus propias dudas sobre Dios y su realidad salvífica. En otros lugares el evangelizador puede sentir una especie de complejo de inferioridad ante otros movimientos salvíficos seculares, en comparación con los cuales no tiene oro ni plata que ofrecer para la transformación de la sociedad, y tiene que escuchar de ellos la a veces justificada acusación de que la evangelización ha sido opio alienante.

Cómo consiga el evangelizador ese talante evangélico es algo que a fin de cuentas es un don de Dios para él mismo. Pero al menos debiera estar claro de la necesidad de ese talante para la eficacia de su evangelización. Debiera estar convencido de que Dios no está en competencia con el hombre, de que el llamado progreso humano puede hacer mucho para que el hombre tenga su necesaria autonomía, pero que ésta no garantiza necesariamente su humanidad. Positivamente debiera estar convencido de que Dios es bueno, humanizador, plenificador del hombre y que por esa razón el mensaje evangélico es "buena" noticia. Debiera poder repetir convencidamente aquellas palabras de Mons. Romero: "¡Quién me diera, hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios!" (10.2. 1980). Para la salvación que se realiza en ese encuentro no hay sustitutivo.

Ese específico talante evangélico tiene hoy además su propia eficacia, sobre todo entre los pobres del tercer mundo. Con él se mantiene su esperanza. Aunque la esperanza de los pobres vaya y deba ir articulada con signos históricos de esperanza (liberaciones parciales, toma de conciencia de los pobres, su progresiva organización etc). existe para los pobres que son cristianos una garantía para su esperanza de orden distinto: que Dios está con ellos. Superan de esa forma un cierto tipo de orfandad, superación que puede parecer un bien mínimo en un sentido pero que es un gran bien en otro sentido. Sabiéndose con Dios se mantiene su esperanza histórica. Pero para mantener esa convicción en los pobres el evangelizador debe comunicar a Dios realmente como quien es bueno para los pobres. Lo que hemos llamado talante evangélico no es entonces una tautología estéril, sino una necesidad para el evangelizador y para la eficacia de la evangelización.

6. LAS EXIGENCIAS DEL SEGUIMIENTO Y LA BUENA NOTICIA.

Hasta ahora hemos recordado algunos rasgos de Jesús que

debe re-crear el evangelizador. Con ello hemos pretendido iluminar la importancia del seguimiento de Jesús en sentido amplio para la evangelización. Pero también las exigencias concretas a su seguimiento, tal como aparecen en los textos del seguimiento, tienen que relacionarse esencialmente con la evangelización. La llamada al seguimiento es para la evangelización, las exigencias radicales de vida son para mejor evangelizar; pero, además, el contenido de esas exigencias iluminan desde dentro el contenido de la evangelización.

El "dejarlo todo" por el reino comunica a los destinatarios de la evangelización la **incondicionalidad** de la buena noticia, el que ésta es verdaderamente una perla preciosa que, una vez encontrada, relativiza absolutamente todo lo demás. El "no echar la vista atrás" y seguir hasta el final comunica la **ultimidad** de la buena noticia. El "no poder servir a Dios y a las riquezas" comunica la **exclusividad** de la buena noticia -el Dios celoso de cualquier otro dios-, su **conflictualidad** con cualquier otra noticia que haga pasar por Dios lo que no lo es, la **parcialidad** del camino de la pobreza y de lo pequeño. El "ven y sígueme" comunica la **gratuidad** indeducible de la buena noticia, que proviene de Dios, que se presenta como invitación, aunque exigente, y no como producto de la lógica de los hombres.

Estas actitudes se le exigen al evangelizador para que siga a Jesús; pero realizándolas no sólo sigue a Jesús sino que ilumina, al ponerlas por acto, importantes formalidades de la buena noticia: su incondicionalidad, ultimidad, exclusividad, gratuidad. El evangelizador que sigue radicalmente las exigencias de Jesús encuadra su anuncio en un contexto que lo hace más inteligible para sus oyentes. Su propia vida de seguimiento no es sólo algo previo para mejor evangelizar, sino que se convierte en explicación del anuncio. De alguna forma -como Jesús en plenitud- se convierte él en buena noticia porque manifiesta el amor de Dios y su radical proveniencia de Dios. El evangelizador sigue a Jesús; pero la razón última de su seguimiento como la razón última de la vida de Jesús es para hacer presente a Dios e iniciar su reino.

El evangelizador no es el poseedor de la buena nueva, ni siquiera en sentido estricto, y dicho un poco provocativamente, su primer destinatario. Es servidor radical de la buena noticia. No quiere esto decir, naturalmente, que no hay buena nueva para él. Es experiencia repetida que quienes evangelizan a los pobres

se encuentran a su vez evangelizados; que al comunicar la buena nueva a los pobres éstos se la devuelven, el evangelizador conoce más y mejor lo que él mismo anuncia y su existencia encuentra sentido y significado.

Para la existencia personal y cristiana del evangelizador es de suma importancia el ser evangelizados, el ser ellos también -a través del rodeo de los pobres- destinatarios de la buena noticia. Pero nada de esto quita que formalmente y en directo el evangelizador es servidor de la buena noticia a otros, aunque en la conciencia concreta del evangelizador se entremezclan los dos aspectos de servir a la buena noticia y ser servido por ella.

Pero para la espiritualidad del evangelizador es de suma importancia recalcar su aspecto servicial. Los pobres no están ahí para servir al evangelizador, aunque de hecho lo hagan, sino para ser servidos por él. En este profundo sentido tiene que reproducir el evangelizador el rasgo característico de Jesús: "No he venido a ser servido, sino a servir". En medio de consuelos o desconsuelos, en medio del júbilo cuando la evangelización tiene éxito y los pobres conocen los misterios del reino o en medio de la duda, la soledad o el fracaso, expresadas en la crisis galilea de Jesús o en las confesiones de Jeremías, el evangelizador sólo tiene una cosa que hacer: ser fiel y constante servidor de la buena noticia. Tiene que tomar muy en serio la advertencia de Pablo: "¡Ay de mí si no evangelizare!", como su mayor tentación.

La paradoja de la relación entre evangelizador y buena noticia para él está admirablemente expresada en otra expresión paulina: "Quisiera ser anatema por la salvación de mis hermanos". Lo que aquí hay de exceso retórico expresa cabalmente hasta qué punto la evangelización es servicio a los otros. Sólo que quien eso realiza, quien se olvida de sí mismo hasta tal punto, recobra la buena noticia. El total y desinteresado servicio al evangelio se convierte en evangelio para él.

Esta descripción del evangelizador y de su espiritualidad servicial puede asustar con razón. Pero el susto se debe atribuir no a la evangelización sino al llevarla a cabo según el seguimiento de Jesús. Así fue su misión y su camino histórico; pero así también nos hizo presente el reino de Dios, la salvación de Dios. Nuestra diferencia con Jesús es que él fue el primero en recorrer ese camino y por ello lo hizo en irrepetible soledad. El evangelizador de hoy no está solo. No se le ahorran ciertamente las mismas

dificultades por las que pasó Jesús, pero vive de la esperanza que Jesús ganó para nosotros en la cruz. Desde entonces el servicio al evangelio tiene su propio gozo y su esperanza indestructible. Me parece que se pueden aplicar sobre todo al evangelizador unas recientes palabras de K. Rahner cuando habla del evangelio como de una pesada carga ligera. "Cuando uno carga con ella", dice, "ella carga con uno; y cuanto más tiempo viva uno, tanto más pesada y más ligera llegará a ser". Ese es el camino que se le abre al evangelizador cuando prosigue el camino de Jesús.

